

El evangelio universal en acción

Fue difícil para los hijos de Abraham, dejar la ley de Moisés. El salirse de todas las celebraciones, los sacrificios, los ritos y las regulaciones respecto a la dieta y a la vida personal los obligaba a una serie de extraordinarios cambios. Uno de los cambios con los que mayor desacuerdo había y a los que estaban llamados estos judíos era el poner a los odiados gentiles a la misma altura con ellos en todo respecto.

Una de las razones principales por las que estos cambios eran tan difíciles es que los judíos habían usado mal la ley. Dios no había diseñado la ley con el fin de que los judíos llegaran a ser rígidos, legalistas, prejuiciados racialmente o justos por su propia cuenta. No obstante, es difícil no discernir tales actitudes cuando Jesús les dio algunas de las más duras regañadas de su ministerio a los judíos hipócritas que se consideraban a sí mismos como justos. Sólo en Mateo 23, Jesús hizo uso de la palabra “ay” siete veces al describir la condición de los escribas y de los fariseos. Al pronunciar estos “ayes”, también les llamó hipócritas cada una de las veces excepto una —y en esta les dijo que eran guías ciegos (v. 16).

Estos líderes religiosos usaron mal la ley al creer que podían justificarse ante los ojos de Dios por medio de la observancia de la ley. Pablo lamentó esta condición con dolor en su corazón (Romanos 9.1–5). A pesar de que admiraba el celo de los líderes judíos los regañó por querer establecer una justificación por sí mismos por medio de guardar la ley (Romanos 10.1–4). Fue al desarrollar actitudes erróneas, que los judíos llegaron a creer que el Mesías prometido era sólo para beneficio de ellos. Creían que sólo los hijos de Abraham serían los

que alguna vez se salvarían y que los gentiles jamás tendrían una oportunidad de recibir la gracia de Dios. Creían que los gentiles no eran mejor que los perros.

Este desmedido nacionalismo radical colocó a los judíos del primer siglo, en un molde de autosatisfacción, justicia propia y estrechez mental raramente igualado en la historia del mundo. Por todo Hechos, este problema subyacente re-venta en la superficie una y otra vez.

Los apóstoles sufrían de ceguera espiritual respecto al problema de la estrechez mental. Aunque, por lo general, los gentiles no habían sido bien comprendidos por los apóstoles, aquéllos fueron incluidos según algunas definidas expresiones dadas por inspiración. Cuando Jesús les dijo que “[predicaran] el evangelio a toda criatura” (Marcos 16.15), entendieron que era “a toda criatura judía”. Cuando Jesús les dijo “haced discípulos a todas las naciones” (Mateo 28.19), los apóstoles pensaron que se refería a “[hacer] discípulos de todos los judíos que había en cada nación”. El día de Pentecostés, Pedro predicó que la promesa era no sólo para los que estaban presentes ese día, sino también, “para todos los que [estaban] lejos; para cuantos el Señor nuestro Dios llamare” (Hechos 2.39). Tal vez cuando Pedro predicó estas palabras y cuando los otros apóstoles oyeron y predicaron el mensaje, ellos pensaron que se refería a cualquiera de los judíos que se encontraban lejos. Por lo tanto, al comienzo, ese famoso día de Pentecostés en Hechos 2, ¡los apóstoles ni siquiera intentaron ofrecer la gracia del evangelio a ningún gentil!

Posteriormente, Pedro predicó en el pórtico de Salomón que dentro del pacto y las promesas hechas

a Abraham se incluía que “[serían] benditas todas las familias de la tierra” (Hechos 3.25). Tal vez, los judíos de mentes estrechas entendieron que esto se refería a todas las familias judías, pero lo que Dios quiso dar a entender es que incluía a todas las familias de la tierra, sin importar su raza.

Durante la conversión de Saulo de Tarso, a Ananías, el hombre que lo bautizó, se le dijo que Saulo había de “llevar [el nombre de Jesús] en presencia de los gentiles” (Hechos 9.15). Dado que Pablo fue convertido cuatro años después del comienzo de la iglesia, parece como que Ananías le habría dicho a otros acerca de las palabras que Dios le expresó. Es extraño que los apóstoles y los hermanos judíos pudiesen haber pasado por alto este importante hecho por tanto tiempo.

¡Fueron necesarios varios milagros adicionales, como también, que pasaran varios años, para que los apóstoles ofrecieran el evangelio a los gentiles! Aunque Pedro fue por fin persuadido a ir a la casa de Cornelio, un centurión romano, fue necesaria una revelación adicional y algunos milagros para que se lograra esta primera conversión de un gentil (Hechos 10). Aún entonces, a Pedro se le criticó severamente y fue llamado a defender sus acciones, por hermanos cristianos que estaban afectados por el mismo prejuicio racial (Hechos 11.1–18). El desenvolvimiento de la verdad de Dios acerca de este problema es un estudio absorbente de Hechos.

UNA ACTITUD UNIVERSAL

El tiempo que se llevó

Según cálculos comunes de calendario, los eventos del día de Pentecostés en Hechos 2 ocurrieron en el año 33 d.C. La conversión de Cornelio (Hechos 10) es fechada por la mayoría de los eruditos entre los años 38 y 40 d.C. Las seguidas confusiones y cuestiones acerca de los gentiles y la circuncisión no fueron resueltas, sino, hasta que se llevaron a cabo las reuniones especiales en Jerusalén (Hechos 15), las cuales los eruditos fechan en el año 51 d.C.

Entonces, fue necesario que pasaran veinte años —dos décadas— para que las tales actitudes, que padecían entre las razas, se resolvieran ¡aun entre cristianos! Esto sorprende, cuando es visto a la luz de la inspiración de los apóstoles por el Espíritu Santo. La inspiración de Dios no necesariamente cambió las arraigadas actitudes. Sólo la comprensión gradual de las verdades de Dios fue lo que llevó a los apóstoles a corregir sus actitudes y opiniones.

El cambio que debió ocurrir

Hechos registra cuatro distintas actitudes. En primer lugar, los primeros cristianos tenían una actitud que podría expresarse en los siguientes términos: “¿No es grandioso ser hebreo y tener a Jesús completamente para nosotros como nuestro Mesías?”. (Esta es la actitud que se aprecia en Hechos del 1 al 7).

En segundo lugar, había una rencorosa actitud, la cual se expresaba de la siguiente manera: “Vamos a aceptar la idea de predicarle a judíos prosélitos en Samaria, pero no le vamos a dar mucha importancia al asunto”. (Esto es lo que se aprecia en Hechos 8).

Una tercera actitud, la cual era ultraconservadora, es la que se encierra en las siguientes palabras: “¿Pedro, qué quiere dar a entender con eso de bautizar a un gentil? Él y los de su casa podrían estar bien para ser aceptados si eso es lo que Dios quiere, pero deben practicar la circuncisión”. (Esto es lo que se aprecia en Hechos del 10 al 14).

Finalmente, una cuarta actitud, una actitud correcta y apropiada que comprendía y se practicaba era la siguiente: “Ahora comprendemos que Cristo murió por todos, y vamos a predicar el evangelio a toda criatura”. (Esta es la actitud que se aprecia en Hechos del 15 al 28). No fue sino hasta que esta actitud se dio, que el evangelio se predicó universalmente.

PREDICACIÓN UNIVERSAL

Los apóstoles no le predicaron a nadie que no fuera judío o prosélito y así fue hasta que un dramático giro ocurrió en el caso de Cornelio (Hechos 10.1–4). Era un hombre poco usual para ser un soldado profesional del imperio romano. Era un devoto, temeroso de Dios, generoso y oraba intensamente. Además, sus propios siervos daban testimonio de que era un hombre justo, temeroso de Dios, y respetado por toda la nación de los judíos (v. 22). Es obvio que tenía algún tipo de relación con Dios, pero no era cristiano.

El caso de Cornelio conllevó cuatro milagros tal como lo vimos en Hechos 10. En primer lugar, un ángel se le apareció a Cornelio, llevándole a Pedro, el predicador del evangelio (Hechos 10.3–7). En segundo lugar, Pedro tuvo una visión, durante un trance que tuvo, de muchos animales que se encontraban dentro de algo semejante a un gran lienzo bajado del cielo (vv. 9–16). Cada una de las tres veces que el lienzo fue bajado, a Pedro se le dijo que matara y comiera algunos de los animales. Dado que entre los animales había algunos, que la

ley había definido como impuros, Pedro entonces declinó la invitación a matar y a comer. El tercer milagro ocurrió cuando los siervos de Cornelio vinieron preguntando por Pedro, y el Espíritu Santo le instruyó a Pedro que fuera con ellos (vv. 17–20). En un cuarto milagro, el Espíritu Santo vino sobre Cornelio y los de su casa, dándoles la capacidad de hablar en lenguas y de magnificar a Dios (vv. 44–46).

Ninguno de estos milagros les perdonó los pecados a Cornelio y a los de su casa. Ninguno de estos milagros produjo el nuevo nacimiento en sus vidas. Échele una mirada de cerca a lo que estos milagros lograron. En primer lugar, la aparición del ángel a Cornelio causó que él enviara a buscar a un predicador del evangelio. Cornelio le dijo a Pedro que él y los de su casa estaban preparados para oír fuera lo que fuera que el Señor ordenaba (v. 33). Posteriormente, cuando Pedro defendía sus acciones ante los hermanos que objetaban sus actuaciones, les relató a éstos que a Cornelio se le dijo que enviara a buscar a un hombre que hablaría palabras por las cuales él sería salvo (Hechos 11.13–14). La conclusión a la cual uno debe llegar es que Cornelio no era salvo todavía y que a su entender él estaba enviando a buscar a un maestro que conocía la voluntad de Dios. Además, aunque el hecho, de que el lienzo con los animales fuera bajado tres veces, no salvó a Cornelio, ello sirvió para persuadir a un predicador a que fuera con los siervos de Cornelio. En el tercer milagro, el Espíritu Santo le dijo a Pedro que fuera con estos siervos, persuadiéndolo por fin a viajar a Cesarea. El cuarto milagro, la venida del Espíritu Santo, no salvó a Cornelio. En lugar de ello, lo que hizo fue convencer a Pedro y a los seis hermanos, que el ofrecerles el

evangelio a estos gentiles era algo apropiado y correcto.

Son varios los hechos que deben hacerse notar acerca del fenómeno de Cornelio hablando en lenguas. El Espíritu Santo vino sobre él y los de su casa antes de que supieran acerca de Jesús el Hijo de Dios. Pedro dijo que esto sucedió cuando “[él comenzó] a hablar”, por lo tanto, fue antes de que les dijera acerca de Jesús (Hechos 11.15). Lo que debía ocurrir después era que se hablaran palabras que pudieran salvar a Cornelio; no era sino, hasta que tales palabras se hablaran, que Cornelio podía recibir salvación de sus pecados (Hechos 11.14). El Espíritu Santo vino sobre Cornelio antes de que tales palabras se hablaran; por lo tanto, la salvación no se había cumplido todavía. La venida del Espíritu Santo sobre Cornelio apuró a Pedro a decidirse a ofrecer el evangelio a estos gentiles. Esta ocasión le recordó el bautismo en el Espíritu Santo de los apóstoles mismos e infirió que tal bautismo en el Espíritu, sobre los de la casa de Cornelio le daba la aprobación de Dios a esta situación (Hechos 11.16–17).

Al concluir esta ocasión, Pedro mandó que su audiencia gentil se “[bautizara] en el nombre del Señor Jesús” (Hechos 10.48). Ese fue el mismo bautismo que Pedro había predicado de ocho a diez años atrás, el día de Pentecostés en Hechos 2, a las multitudes que estaban en Jerusalén. El ser bautizado “en el nombre” de una persona significaba ser bautizado por su autoridad. Pedro estaba usando el mismo bautismo, ambos bautismos fueron llevados a cabo por la autoridad de Jesucristo. En Pentecostés, no obstante, él había anunciado que era un bautismo “para el perdón de los pecados” (Hechos 2.38). Siendo ese el caso, los

CÓMO SE HACÍAN CRISTIANOS LOS GENTILES

En la conversión de los que formaban parte de la casa de Cornelio, se predicaron los hechos que el evangelio enseña acerca de Jesús, lo cual llevó a estos gentiles a creer (Hechos 11:14; 15:7, 9). También se arrepintieron, pues los judíos que objetaban su conversión, admitieron que “también a los gentiles [había] dado Dios arrepentimiento para vida” (Hechos 11:18). Estos gentiles fueron bautizados de la misma manera que los judíos habían sido bautizados, “en el nombre del Señor Jesús” (Hechos 10:48).

Posteriormente, en una reunión que se verificó en Jerusalén, Pedro dijo llanamente que Dios “ninguna diferencia hizo entre [los judíos y los gentiles]” (Hechos 15:9). En esa misma reunión, Pedro también expresó que los judíos podían ser salvos “*de igual modo que ellos* [los gentiles]” (Hechos 15:11; énfasis nuestro).

En la respuesta que se le registró, Cornelio se conformó al patrón consistente que se halla en todo Hechos. Los no creyentes oían las buenas nuevas (Hechos 10:33), los no creyentes se hacían creyentes (Hechos 11:1; 15:7), los creyentes se arrepentían de sus pecados (Hechos 11:18), los creyentes penitentes confesaban su fe en Jesús como el Hijo de Dios (tal como lo hizo Timoteo; 1 Timoteo 6:12), y los creyentes penitentes eran bautizados en Cristo para la remisión de sus pecados, siendo añadidos a la iglesia por el Señor (Hechos 10:48; 2:38, 41, 47).

pecados de Cornelio y los de su casa no fueron remitidos, sino, hasta que fueron bautizados en Cristo. Dado que la venida del Espíritu Santo fue algo previo al bautismo de ellos, lo cierto es que la obra del Espíritu Santo en este caso no proveyó directamente, ninguna salvación a los de esta casa.

Esta forma de entender el bautismo es consistente y está de acuerdo con todos los otros casos que se dan en Hechos, como también con las expresiones doctrinales acerca del bautismo. Hasta al mismo Saulo de Tarso se le dijo “Levántate y bautízate, y lava tus pecados” (Hechos 22.16). Pablo describió la resurrección a la nueva vida en Cristo la cual ocurre cuando uno sale de las aguas del bautismo (Romanos 6.3-4). En ese contexto, Pablo también expresó que uno es librado del pecado después de obedecer a aquella forma de doctrina (Romanos 6.17-18). El bautismo es una de las doctrinas menos entendidas de la Biblia. Es tal vez ¡la última prueba de fe! ¿Tendrán los pecadores creyentes penitentes la fe que se necesita, para someterse a algo como el bautismo en lo cual puede ser que no vean ningún sentido?

CONCLUSIÓN

La salvación se ofrece universalmente, a todo ser humano. Dios proveyó esa salvación por medio de sacrificar a su Hijo. La salvación por la gracia de Dios, verdaderamente, “se ha manifestado,... a todos los hombres” (Tito 2.11), pero depende de cada individuo el aceptar el don ofrecido.

Debido a la ignorancia, el orgullo, el prejuicio y el nacionalismo que había entre los judíos del tiempo de Jesús, fue necesario que pasaran dos décadas para resolver la cuestión acerca de si las otras razas era aceptables para servir al Mesías o no. Los antagonismos que habían bullido entre las razas tomaron largo tiempo para disolverse, aun dentro de la iglesia.

Tal vez el problema que enfrentan los cristianos de hoy día, no es tanto el de la contienda racial como el de la apatía en entender la comisión de Jesús. El mandamiento que le dio a los apóstoles, de predicarles a todas las naciones, de ir a todo el mundo, significa que debe haber una continua, recurrente responsabilidad de todos los cristianos de cada generación. ¿Significa esto que en todo el tiempo, desde el día de Pentecostés hasta el día del juicio, el evangelio debe predicarse alrededor de todo el mundo por lo menos una vez? ¡Difícilmente! Significa que el evangelio debe ser predicado alrededor de todo el mundo en cada generación, ¡una y otra vez!

La gente que vive hoy día no puede predicarle a las generaciones pasadas ni a las futuras. La única generación a la cual la gente de hoy le puede predicar es a la generación actual. La instrucción de Dios en el sentido de cubrir la tierra con el evangelio es todavía vital y válida. El evangelio es para todos, pero el mundo del presente jamás va a oír las buenas nuevas de la gracia a menos que éste sea esparcido por los cristianos que viven hoy. ♦